

**Alejandro Flores Aguilar**

***Primavera 2015 y la crisis de la izquierda guatemalteca. De la democrática despolitización de las protestas a una política del deseo***<sup>1</sup>

University of Texas at Austin, EE.UU.

[alexflo76@utexas.edu](mailto:alexflo76@utexas.edu)

**16 de abril de 2015, ¿un horizonte nuevo de posibilidades?**

Originalmente este texto fue pensado como un aporte para el debate sobre la renovación de la izquierda en Guatemala.<sup>2</sup> Las condiciones históricas coyunturales de lo que ha sido denominado la *corta primavera de 2015*, sin embargo, determinaron y transfiguraron su forma. El 16 de abril de ese año la Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) y el Ministerio Público (MP) sacaron a luz uno de los casos de corrupción más escandalosos conocidos en la historia reciente del país. La estructura criminal denominada “la Línea” se había enquistado en la Superintendencia de Administración Tributaria (SAT) desfalcando aproximadamente catorce mil millones de quetzales durante el gobierno de Otto Pérez Molina.

La dimensión del escándalo era tan grande no solo por las cantidades exorbitantes de dinero robado, sino también por la vinculación que sostenían los más altos funcionarios de gobierno con esa estructura criminal. Desde el primer momento se supo que uno de los cabecillas de la “Línea” era Juan Carlos Monzón, el secretario privado de la entonces vicepresidenta de la República,

---

<sup>1</sup> Una versión anterior del artículo fue publicado en <<https://www.plazapublica.com.gt/content/eternizar-la-primavera-sin-critica>>.

<sup>2</sup> He de aclarar desde ya que este debate ha sido bastante ciudadano y se ha caracterizado por estar desvinculado enormemente de los procesos políticos y sociales que ocurren más allá del debate electoral.

Roxana Baldetti. Ese día ambos se encontraban en una gira en Seúl, Corea, y al enterarse de las acusaciones en su contra, Monzón se dio a la fuga. Pocos días después, ya en Guatemala, Baldetti dio una conferencia de prensa en la que poco pudo hacer para revertir las fuertes sospechas sobre su vinculación en el caso. La posibilidad de que Baldetti hubiera alertado a Monzón sobre su inminente captura al retornar a Guatemala era inmensa y la duda imposible de diluir con el acostumbrado cantinfleo de la ex vicemandataria. Esto incrementaba aún más el recelo de los periodistas y la ciudadanía en general, quienes nunca dejaron de cuestionar a Baldetti por su casi segura participación en la estructura criminal.

El mismo día del destape del escándalo un colega y amigo cercano me propuso una idea muy interesante. Más allá de la reflexión teórica, la coyuntura se manifestaba como un momento oportuno para que la *razón populista* de Laclau encontrara un espacio potencialmente concreto de utilidad.<sup>3</sup> La dimensión del escándalo era tan grande, las vinculaciones tan evidentes y fáciles de establecer, que el momento abría la posibilidad para desplegar estrategias políticas aún no ensayadas en Centroamérica. El horizonte de posibilidades cambiaba ante el potencial establecimiento de un tipo agónico de política que iniciaría por desplegarse en un abanico amplio de expresiones sociales de inconformes. Era, en apariencia, la oportunidad de empujar una política articuladora en la que confluiría una multiplicidad de demandas populares bajo una misma bandera. Con ello, hipotéticamente, se podría reestructurar la topografía de antagonismos que definían en ese momento lo político en Guatemala. Una política que usaría el significativo vacío encarnado en la lucha contra la corrupción a gran escala como lubricante táctico que eventualmente generaría las condiciones de posibilidad para la emergencia de una *izquierda renovada*. Yo no estaba tan seguro de ello.

---

<sup>3</sup> No quisiera detenerme en la discusión sobre el papel de las redes sociales en las que el colectivo #JusticiaYa tuvo un papel preponderante (sin embargo, en estas actividades de los que participamos en las protestas hemos mantenido presencia desde el inicio en una gran cantidad de páginas que, a diferencia de #JusticiaYA, han recibido menor cobertura por los medios masivos de comunicación), que si bien fue bastante importante, tiende a sobredimensionarse. Además, se pierde frecuentemente de vista que los medios de comunicación masiva jugaron también un papel central en la diseminación del descontento entre la población.

Con el paso de los meses, los resultados se fueron haciendo cada vez más evidentes. Las protestas de los sábados que ocurrieron disciplinadamente entre abril y agosto de 2015 lograron en efecto convocar la participación de una infinidad de expresiones sociales en torno a un objetivo común.<sup>4</sup> Paulatinamente se logró generar suficiente presión social para provocar la renuncia de la vicepresidenta. En poco tiempo, más casos de corrupción fueron saliendo a luz y otros altos funcionarios se vieron involucrados. Con ello, poco a poco, más gente salió a las calles a demostrar su descontento. Las protestas masivas terminaron pocos días antes de la renuncia del presidente de Guatemala, el general retirado Otto Pérez Molina. Su vinculación con la estructura criminal la “Línea” se había hecho ya evidente en los tribunales y su posición era insostenible.

### **El menor de los males y el efecto despolitizador de las elecciones**

Si bien se logró articular varias demandas populares bajo el manto de la lucha contra la corrupción, al momento de haber alcanzado el objetivo de derrocar al presidente, el fuego que avivaba las protestas sociales pareció haberse apagado en su totalidad. Pero, ¿era el derrocamiento del gobierno el verdadero objetivo estratégico de esas protestas? ¿Fue el derrocamiento del presidente realmente un logro de las protestas? ¿Era ese el resultado político más valioso? Si no, ¿cuál es el valor político propio de lo ocurrido durante esos meses?

Uno de los problemas centrales en tratar de encontrar en el derrocamiento del presidente el resultado propio de las protestas sociales es que, paralelamente, el proceso electoral que se encontraba en marcha tuvo un efecto despolitizador bastante efectivo. Los sentimientos de rechazo a la corrupción del gobierno de Pérez Molina se entrelazaron poco a poco con la campaña del #NoTeToca que fue ampliamente apoyada por las patronales guatemaltecas y, según

---

<sup>4</sup> La participación fue tan variada que incluyó tanto a estudiantes de universidades privadas como la pública, organizaciones campesinas, colegios públicos y privados, colectivos transgénero y feministas, organizaciones indígenas hasta grupos de *libertarios* randianos, así como la gran mayoría de participantes, quienes no formaban parte de ningún colectivo o agrupación.

algunos, el gobierno de los Estados Unidos. Esta fue una campaña que se concentró específicamente en la producción de un estado afectivo entre los ciudadanos de clases medias y urbanas, mediante el cual la figura de Manuel Baldizón quedaba directamente vinculada con la continuidad del sistema de corrupción identificado en personalidades como las de Pérez Molina o Roxana Baldetti. Ese fue uno de los elementos movilizadores que llevaron a las clases medias en la elección pasada a votar a Otto Pérez Molina, quien entonces fue percibido como *el menos peor* o *el menor de los males*. En contraposición, Baldizón fue el *peor de los males* entonces y siguió siendo el *peor de los males* ahora. La relación de codependencia que el sistema electoral guatemalteco ha establecido entre la lógica de evitar al *peor de los males* y de elegir al *menos peor* siguió operando<sup>5</sup> con la precisión de un reloj suizo. El miedo generado con el #NoTeToca, fue mucho más fuerte que la esperanza de generar un desplazamiento radical en la topografía política de Guatemala. El agonismo de la política electoral parecía haber logrado estabilizar el panorama. Las posiciones entre las disidencias se fueron haciendo cada vez más marcadas.

Una de las posiciones que surgió desde el inicio de las protestas consistía en aprovechar el impulso generado con el descontento con el fin de estimular la implantación de un *gobierno de transición* similar al establecido tras la revolución del 44. Esta posición, sin embargo, generó bastantes suspicacias fundadas en la observación de prácticas ampliamente criticadas por sectores populares de la denominada *izquierda social*. Por ejemplo, se cuestionó repetidamente cierto *vanguardismo tecnocrático* en el que los proponentes del *gobierno de transición* se veían a sí mismos como los individuos idóneos para dirigirlo. Era una propuesta que desde el inicio acentuaba aún más ciertas prácticas antidemocráticas que se encontraban en el epicentro de la crisis política, ya que en sí giraba en torno a una pequeña élite de tecnócratas que ya habían participado en puestos clave en varios gobiernos anteriores.<sup>6</sup> A esto se sumaron desconfianzas generadas tras las conversaciones que realizaron para pedir apoyo al gobierno de Estados Unidos

---

<sup>5</sup> Esto es algo practicado desde hace ya muchos períodos electorales.

<sup>6</sup> Durante este momento en varias ocasiones comenzaron a circular listas sobre los nombres de los potenciales presidentes y vicepresidentes para el gobierno de transición. El dato curioso es que casi siempre eran sus propios nombres los incluidos en estas listas.

—quien aparentemente tiene intereses concretos de generar condiciones para impulsar el Plan de la Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte— así como un campo pagado mediante el cual se buscaba establecer una alianza con el nuevo vicepresidente, Alejandro Maldonado, quien está directamente vinculado con el anticomunismo del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En síntesis, la crítica de la *izquierda social* se generó por considerar que esta propuesta únicamente buscaba hacer un nuevo pacto entre élites del cuál se excluía nuevamente al resto de guatemaltecos.<sup>7</sup>

Mediante un *amicus curiae* fue también promovida una variante de la idea de impulsar una transición por parte del Grupo Intergeneracional, el Colectivo Otra Guatemala Ya, la Unidad de Colectivos en Resistencia y un amplio número de personas individuales. Esta propuesta no adoleció de las limitantes señaladas antes ya que, en vez de buscar establecer alianzas con los poderes tradicionales, se proponía la suspensión de las elecciones y la creación de un gobierno de transición que sería electo desde una Asamblea Social y Popular que ya se encontraba germinalmente en funcionamiento y que acuerpaba una gran cantidad de organizaciones sociales rurales y urbanas. Sin embargo, fue una propuesta tardía pues en el momento en el que fue presentada el proceso electoral ya había avanzado tanto que se le veía como prácticamente irreversible. La resonancia del *amicus curiae* fue escasa.

Otra de las posiciones surgidas en ese momento, que simpatizaban con los proponentes del *amicus curiae*, la encarnaron varias de las organizaciones de la *izquierda social* e individuos particulares (dentro de los que me incluyo), quienes proponíamos que ante el panorama electoral se debería de promover la abstención masiva.<sup>8</sup> Esta era fundamentalmente una posición de *objetores de conciencia*, quienes planteábamos que la corrupción evidenciada por el destape de la “Línea” más que una excepción representa la norma de la política y la economía nacional. La cantidad de dinero robado en este caso, en un país como Guatemala, tenía efectos criminales que

---

<sup>7</sup> Esta fue la posición promovida por el Movimiento Semilla.

<sup>8</sup> Paralelamente, existió una especie de intersectorial llamada Plataforma Nacional para la Reforma del Estado dedicada a discutir la reforma a la Ley Electoral y de Partidos políticos en la que participaron diversas expresiones de la sociedad civil guatemalteca.

sobrepasaban el hecho directamente imputado. Sentíamos escalofríos al imaginarnos la cantidad de personas que murieron como un *colateral* de la corrupción, al haber tenido la posibilidad de acceder a esos recursos en, por ejemplo, el reiteradamente saqueado sistema de salud o la implementación de una hipotética política orientada a revertir la desnutrición crónica.

Pocos años antes, el criterio del *menos peor* (Otto Pérez Molina y el Partido Patriota en las elecciones anteriores) fue un elemento movilizador para lograr que las elecciones tuvieran éxito. La lección que nos había dado el desfaldo de esos catorce mil millones de quetzales era que el *menos peor* de entonces había hecho cómplice a gran parte de la ciudadanía que se había dejado extorsionar por el miedo surgido con la trampa del *peor de los males*. En consecuencia, encontrábamos en los posicionamientos que incentivaban una lógica de elegir al menos peor (aquí, hablando específicamente del #NoTeToca) una opción éticamente insostenible y políticamente desmovilizadora. La vinculación entre la manipulación del miedo y la despolitización quedaba nuevamente a la vista. Desde entonces se veía el potencial efecto despolitizador que las elecciones podrían generar. Los antagonismos que apenas dejaban empezar a vislumbrar el destape de ese caso de corrupción (básicamente, la muerte generada por esa forma de acumulación normalizada en la economía nacional), quedarían cubiertos de nuevo en un hormiguero electoral alborotado.

Y aquí, las expresiones de la *izquierda partidista*<sup>9</sup> hicieron lo suyo: buscaban desesperadamente encontrar un caudal electoral mínimo que les permitiera sobrevivir en la palestra del agonismo político por otros cuatro años más. En vez de calcular una estrategia en la que los partidos de izquierda buscaran un vínculo de comunicación con la *izquierda social* absteniéndose de participar en uno de los procesos electorales más cuestionados de la historia de Guatemala, decidieron seguir adelante con la máxima aspiración de meter un pequeño puñado de diputados en el Congreso de la República. En todo caso, varios temimos que esa *izquierda partidista* se había metido tanto en la inercia del institucionalismo liberal que se resistía a ver el

---

<sup>9</sup> Que para entonces se encontraba fraccionada en por lo menos tres proyectos políticos con aspiraciones electorales independientes.

efecto desmovilizador que produciría ese proceso electoral en particular. Con ello, el largo proceso de desideologización que venía padeciendo la izquierda partidista desde los años 90 se vio ahora acompañado con el haber jugado un rol secundario en la despolitización de las protestas.

Pocos días después de la renuncia del Presidente de la República, la población acudió a votar. El abstencionismo se redujo considerablemente en comparación con las elecciones de períodos pasados. En su mayoría, las clases medias urbanas optaron por Jimmy Morales, Baldizón quedó fuera de la contienda con una distancia de menos de diez mil votos que favoreció a Sandra Torres<sup>10</sup>. Morales, quien finalmente quedó electo como presidente en los comicios de octubre, es un mal comediante, que en su repertorio cuenta con frecuentes números que recurren a aberraciones tales como la utilización del *blackface* o a los más despreciables estereotipos racistas con los que son vilificados los indígenas guatemaltecos, en los que los representa como tontos, vagos e ignorantes. Como si esto fuera poco, Morales es apoyado por ex militares contrainsurgentes, aglutinados en la Asociación de Veteranos Militares de Guatemala (AVEMILGUA) y la Fundación Contra el Terrorismo, una organización dedicada a la defensa mediática de militares implicados en crímenes de guerra. Surge entonces la pregunta: ¿Todo cambió para que nada cambiara?

### **La política como *estadocentrismo***

Si nuestra lectura política de la situación terminara aquí se podría decir que el evento electoral logró cumplir su cometido de domesticar los antagonismos centrales que constituyen lo político, y que las protestas no aportaron más que una fantasía que no alteró en nada el estado tradicional de cosas. Sin embargo, esa es una perspectiva fatalista que también puede contribuir a la domesticación de lo político. Creo que se debe de hacer un esfuerzo muy grande por

---

<sup>10</sup> Sandra Torres, candidata por la Unidad Nacional de la Esperanza (UNE), partido en el gobierno en el período 2008-2013, tuvo apoyo mayoritariamente rural y de sectores económicamente menos favorecidos

*desdomesticar* el análisis con el fin de producir un desplazamiento en el entendimiento de los fundamentos de lo político. Por el momento, más que el evento electoral, pareciera que lo político es gobernado por una epistemología institucionalista liberal que localiza al Estado en el centro del universo analítico, misma que ha afectado las posiciones partidistas de la izquierda guatemalteca. No es mi intención elaborar aquí un análisis exhaustivo de lo sucedido durante esos meses, como tampoco explicar su *éxito* o *fracaso*. Los apartados anteriores me sirven, más bien, como puntos contextuales de referencia y mi intención es tratar de encontrar cuál era el valor político intrínseco que se hizo viable durante esos días; explorar qué cosas posibilitaba, qué esperanzas ofrecía y sigue ofreciendo. Antes de Laclau y Mouffé, antes del binarismo establecido entre la política y lo político, antes del triste y eterno retorno del (efecto ideológico del) institucionalismo liberal, las reflexiones que continúan buscan posicionar preguntas sobre la dimensión ética posibilitada durante esos días y el horizonte político que se abre.

Considero que una de las características propias de esa ética puede ser encontrada si se analiza y localiza el fenómeno antes descrito en un plano específico que, si bien es disparado por el quehacer de instituciones estatales, se encuentra más allá de estas mismas. Ese disparador de acción política puede ser ubicado en una ética del deseo específica que, siguiendo a Foucault, más adelante denominaré *ética antifascista*. Me interesa enfocarme en esa otra política que no ubica en el centro del universo al Estado. Con ello busco problematizar la naturaleza institucionalista que buscaba clausurar el debate sobre la renovación de la izquierda en Guatemala. El objetivo consiste entonces en plantear preguntas basadas en la reflexión que se desprende de cierta ética anarquista implícita en la empresa antropológica de Clastres, así como en los proyectos filosóficos de Deleuze, Guattari y Foucault. Eso es a lo que denominaré como anarquismo estratégico, que es un movimiento en la conceptualización de lo político en donde el Estado queda ubicado como un cuerpo más en la composición de elementos básicos que definen lo político. Propongo, pues, que parte de la domesticación de la política consiste en sobrevalorar el peso del Estado y su efecto gravitacional en la concepción del poder.

Como mencionaba arriba, este texto (por lo menos la parte que se presenta a continuación) fue originalmente concebido como una contribución al debate sobre la renovación de la izquierda guatemalteca. Éste es un debate que se viene dando desde 2014 en espacios de opinión pública locales. Originalmente vacilé bastante al considerar la importancia de expresar mi opinión al respecto. El espíritu antiacadémico está bastante acentuado en el periodismo de circulación masiva en Guatemala, así como en los espacios convencionales de la *izquierda partidista* local. Así mismo, la virulencia del institucionalismo liberal (de *izquierda* y de *derecha*) no pierde oportunidad de elaborar descalificaciones *ad hominem* e insultos ante quienes proponemos estrategias políticas que buscan problematizar la centralidad del Estado en la concepción general del poder. Sin embargo, cuando *Plaza Pública* (medio que ha sostenido una actitud mucho más amigable con el quehacer de investigadores sociales locales e internacionales) me invitó a exponer mi punto de vista, pensé que podría ser un momento oportuno.<sup>11</sup> Creí que la coyuntura descrita arriba era adecuada para argumentar e ir más allá de la cárcel ontológica generada por lo que puede denominarse *estadocentrismo de izquierdas*.<sup>12</sup>

A pesar de ello, una inquietud no dejó de molestarme desde entonces. La pregunta sobre la renovación de la izquierda se me hace extremadamente problemática. Y no es que piense que sea innecesario buscar mecanismos de producción política que modifiquen la topografía de antagonismos en la que se ubica lo político en Guatemala. A lo que no le encuentro sentido es a ingresar a un debate destinado a eternizar un tipo de práctica social de la política que caracteriza a cierta izquierda obsesionada con el poder del Estado.

Al poner atención a la coyuntura descrita arriba, es posible pensar que tal vez un nuevo partido político de izquierda sea la penúltima cosa que necesitamos en este momento, solo antes de un nuevo partido de derecha. Tal vez sea hora de superar la melancolía por un dirigente o líder político con rasgos de personalidad mesiánicos y narcisistas que se convierta en nuestro

---

<sup>11</sup> *Plaza Pública* es el diario digital en el que se publicó una versión previa de este texto.

<sup>12</sup> Con *estadocentrismo* me refiero a una fijación compulsiva por vincular el poder político al Estado y sus instituciones

candidato y salvador. En ello gira una práctica de la política que casi siempre produce los mismos resultados. Ya es hora que la destronemos.

Éste es un momento oportuno para entrar de lleno a cuestionar los argumentos más *fuertes* y de *fondo* que frecuentemente circulan en intercambios con quienes defienden la postura de la izquierda *estadocéntrica*, que de algún modo terminaron alineándose con el proceso electoral que contribuyó con el efecto despolitizador de la *multitud* que protestaba en Guatemala en 2015. De esos argumentos, los más recurrentes y supuestamente incisivos son los siguientes: “la toma del poder es la clave para el cambio” y “el que no busca tomar el poder, no está en nada”. Mi hipótesis es que, a la luz de las protestas ocurridas en 2015, esta obsesión de la *izquierda partidista* por la toma del poder se convierte en la condición de imposibilidad para su renovación. El *estadocentrismo* le imposibilita a la *izquierda partidista* pensarse diferente, por lo que no logra establecer verdaderos vínculos con expresiones generalizadas de descontento como las ocurridas en los meses pasados.

Antes de continuar quiero compartir una breve viñeta.

### **Primer sábado, sentados en un café de la sexta avenida<sup>13</sup>**

Liz y yo llegamos una hora antes de lo acordado con quienes nos juntaríamos en el Parque Morazán. Con las pancartas ya listas en primera fila, esperaba un grupo de jóvenes que creo formaban parte del Colectivo Hijos. El desayuno había sido liviano y decidimos pasar rápidamente a comer algo a un café que se encuentra frente al Tribunal Supremo Electoral, que se encuentra localizado al norte del Centro Histórico de la Ciudad de Guatemala. A pesar de que tenía mucha hambre, mi cuerpo no lo había notado. Los nervios eran sobrecogedores. Junto a

---

<sup>13</sup> La primera protesta fue un plantón realizado en la esquina de la Casa Presidencial el lunes 20 de abril de 2015. Yo fui convocado por el Colectivo Feminista La Cuerda. A ella asistimos un grupo bastante reducido de participantes. De esa primera experiencia se formó el colectivo Plantones por la Dignidad y, posteriormente el Colectivo Otra Guatemala Ya. Es muy importante señalar que varios miembros del colectivo Plantones por la Dignidad continuaron asistiendo al mismo lugar durante aproximadamente un mes. La experiencia a la que me refiero en esta viñeta, sin embargo, es la ocurrida en la primera manifestación masiva, que ocurrió el sábado 25 de abril de 2015.

nuestra mesa había otros dos grupos que se mostraban igual de ansiosos. Al momento de pedir la comida decidimos pagar de una vez para no retrasarnos por si la manifestación iniciaba. Los otros grupos hicieron lo mismo. Nadie quería perderse ni un segundo del acontecimiento.



**Performance de Brenda Hernández del 25 de abril (Fotografía de Lizeth Castañeda).**

A los pocos minutos, portando entusiastas su manta, vimos pasar a los jóvenes que llegaron primero al punto de reunión. Instantes más tarde empezó la bulla. Pitos, vuvuzelas, sartenes, redoblantes, gritos. En principio todos estábamos indignados por los actos de corrupción que habían quedado destapados pocos días antes. Eso era lo que nos convocaba. Sin embargo, el

carácter carnavalesco de esos primeros manifestantes expresaba ya algo de mucho mayor intensidad. La indignación no era lo único que circulaba entre los participantes. Sí, el enojo estaba presente, pero el afecto era festivo. Podía sentirse una fuerza creativa puesta en marcha que iba mucho más allá de la carencia. Una fuerza viva que no estaba siendo guiada por un grupo en particular o un discurso político determinado. En esos primeros manifestantes podía sentirse la efímera expresividad de lo que Foucault denomina *práctica de vida antifascista*. Al llegar a la Plaza de la Constitución lo único que podía sentirse era la intensificación del afecto que había percibido originalmente entre los primeros manifestantes. Aunque sí había cierto espíritu sacrificial en las consignas que pedían la *cabeza de Baldetti*, el ambiente era el de un épico concierto, sin banda y sin cantante. Un concierto sin tarima, sin escenario. Una asociación espontánea que vela por la colectividad y el cuidado del grupo, más allá de las miserias egoístas del capital y del narcisismo de los políticos y sus aprendices. Una asociación que entonces se ha convertido en el objeto máspreciado para medios de comunicación, conspiradores y políticos.

¿A qué viene todo esto?

## **Ética no fascista**

Hay cierto anarquismo en el proyecto filosófico de Deleuze y Guattari que ofrece una serie de principios que sirven para afrontar y revertir el aparente efecto despolitizador señalado arriba. Hablo del anarquismo no como un sistema político ideal, petrificado y alienante, sino como un devenir ético del día a día en el que singularidad y multiplicidad se funden en una topografía del deseo que busca la articulación. Esta es una forma de anarquismo que Foucault, en el prefacio al *Anti-Edipo*, denomina como una *vida no fascista*. Es una ética minimalista basada en la identificación de tres tipos esenciales de adversarios:

Los ascetas políticos, los militantes morosos, los terroristas de la teoría, aquellos que quisieran preservar el orden puro de la política y del discurso político. Los burócratas de la revolución y los funcionarios de la Verdad. (xii; trad. A.F.A.).

Mediante la identificación de este primer adversario, se podría extrapolar que Foucault propone generar una actitud que cuestione la autoridad y jerarquía basadas en la idolatría a las personalidades “de izquierda” que buscan monopolizar el discurso de la revolución. Supone cuestionar al sujeto que frecuentemente se auto-valida con apelativos afirmativos tales como (cualquier cosa que yo diga es) “revolucionario” y despectivos tales como (si te opones a mi eres) “revisionista”. Este discurso, muy típico de la izquierda *estadocéntrica*, se vuelca sobre sí mismo y clausura el horizonte de posibilidades de enunciación y de acción. Es una práctica discursiva que corre el riesgo de prorrogar una práctica de vida *fascista* cuando la *toma del poder* se convierte en la condición de cualquier posibilidad política para la izquierda. Pero especialmente cuando esa aspiración se convierte en el criterio que anula cualquier otra opinión, práctica o expresión de disenso. Es decir, hacer creer o descreer algo porque en el mejor de los casos no apunta a “la toma del poder” o, en el peor, porque un patriarca de la izquierda así lo dice. Cuando eso sucede, la distinción entre izquierda y derecha carece de sentido, ya que ambas quedan capturadas por una práctica moral reaccionaria. Veamos:

El enemigo mayor, el adversario estratégico ...: el fascismo. Y no solamente el fascismo histórico de Hitler y de Mussolini –que tan bien supo movilizar y utilizar el deseo de las masas– sino también el fascismo que existe en todos nosotros, que habita en nuestros espíritus y está presente en nuestra conducta cotidiana, el fascismo que nos hace amar el poder, desear esa cosa misma que nos domina y nos explota. (Foucault xiii; trad. A.F.A.).

La lógica de identificar este segundo adversario es mucho más comprensible. Aquí queda claro que el tipo de fascismo al que me refiero no es únicamente el sistema político promovido por personalidades como Hitler y Mussolini, sino que es el fascismo que caracteriza la práctica política del día a día. Foucault identifica con ello a un enemigo que se encuentra aparentemente encarnado en la ética de casi todos, una práctica de vida que, como en el caso de la *izquierda partidista estadocéntrica*, hace amar el poder que deberíamos derrocar, convierte el Estado en un objeto de deseo, en la carencia fundamental.

En un primer término, es un amor al poder del Estado, claro. Pero cualquiera que haya leído a Foucault sabe que su entendimiento del poder no inicia ni acaba en el Estado y sus instituciones. Para Foucault, el poder está constituido por campos determinados en los que son establecidos objetivos específicos de vigilancia, control y gobierno. Cuando Foucault habla del poder, también habla de esos otros poderes, en apariencia, marginales: la sexualidad, la locura, la prisión, la medicina, la raza. Estos son campos clausurados sobre sí mismos. En cada uno de ellos se producen una serie de operaciones que sirven para someter a los cuerpos y convertirlos en materiales dóciles y gobernables. El racismo crea las “razas inferiores” de la misma forma que la izquierda crea a los revisionistas o la derecha a los subversivos o los terroristas. Las posibilidades de acción se limitan mediante etiquetas que deslegitiman: ¡es una loca!, ¡una anormal!, ¡ese es un indio! Esa forma de fascismo internalizado se refiere entonces a todos y cada uno de nosotros, los que insistimos en enunciados tales como: “el que no busca tomar el poder, no está en nada”. Sigamos:

Los lamentables técnicos del deseo –los psicoanalistas y semiólogos– que registran cada signo y cada síntoma y que desearán reducir la organización múltiple del deseo a la ley binaria de la estructura y de la carencia. (Foucault xii; trad. A.F.A.).

El último adversario que analizaré de esta ética antifascista vincula el placer y el psicoanálisis con cierta forma de hacer ciencia. Tomando en cuenta que el Deseo es un concepto crucial en el *Anti-Edipo*, es evidente que Foucault se concentra en la crítica al psicoanálisis expresada en el primer tomo: *Capitalismo y Esquizofrenia*. El cuestionamiento se dirige a esa forma de producir una institución que busca reducir la complejidad del deseo a ley simple y universal (la carencia de control sobre el Estado, por ejemplo). El *Anti-Edipo*, en sí mismo, hace evidente que el verdadero fascismo se encuentra en la práctica que busca someter todo proceso de significación del deseo al triángulo edípico: padre-madre-hijo.

El deseo, para Deleuze y Guattari, no sigue una ley universal, sino que se disemina desde los márgenes y a través de los engranajes de las máquinas que intentan limitarlo. El deseo es

aquello que puede reconfigurar la máquina misma. En este sentido, el deseo no es una falta, una carencia, sino una fuerza productiva y vital que moldea la realidad. A diferencia del psicoanálisis, que se enfoca en la represión que surge cuando aparece la autoridad del padre, para Deleuze y Guattari el deseo no puede ser más que una práctica de vida entrelazada en una multiplicidad de intersecciones irreductibles a la lógica interna de las instituciones (y sus epistemologías institucionalistas). El deseo es lo que escapa.

¿Qué tienen que ver el psicoanálisis, el deseo y la ciencia con mi argumento central, sobre la imposibilidad de renovar a una izquierda *estadocéntrica*? Esta forma de comprender el deseo no como falta, sino como fuerza creadora se encuentra en la geografía, la lingüística, la historia, la geología, la antropología. De todos esos feudos académicos, el que más me interesa recalcar es el último; hablo como antropólogo. Hay algunos expertos que señalan que la sección de “La máquina de guerra” de *Mil mesetas* (1987) es, en sí misma, un tributo filosófico que buscan discutir el proyecto antropológico de Clastres. Un proyecto que rompe con una tradición etnográfica que había sido a todas luces nefasta en el *mundo salvaje*. Una tradición que sirvió para llevar a cabo la instauración del colonialismo.

A continuación me interesa traer al debate la reflexión de cómo la antropología de Clastres no sólo responde críticamente a la cuestión de la *práctica de vida fascista*, sino cómo en sí da los elementos necesarios para realizar una revolución científica en la antropología política que, después, puede servir para intensificar una política del deseo, una política de la fuga.

### **La revolución copernicana: una política más allá del Estado**

En el primer capítulo de *La sociedad contra el Estado*, Pierre Clastres (1989) estudia la genealogía de algunas corrientes de antropología política. Son corrientes que tratan de abordar y responder a preguntas esenciales sobre el poder político en sociedades indígenas. Este libro evidencia con datos etnográficos que ni la coerción ni la dominación son las esencias del poder político en todos los tiempos, ni en todos los lugares. Con ello, Clastres nos invita a distanciarnos

de quienes afirman que el binomio mando-obediencia es la forma de organización esencial del poder político. Sus conclusiones ponen en entredicho la idea de que las sociedades jerárquicas son superiores y que, consecuentemente, aquellas en que el poder se organiza de otra forma son inferiores.

Uno de los intereses de Clastres estaba en cuestionar el trasfondo historicista de estas teorías que reproducían nociones y metodologías evolucionistas y biologicistas en el estudio sociocultural de la política. Por lo tanto, su proyecto suponía terminar con la idea de que cualquier sociedad evoluciona de forma ascendente, de un estado de inferioridad (sin Estado) a uno de superioridad (con Estado). La crítica de Clastres buscaba, en consecuencia, superar el positivismo que tiende a ver el Estado como una formación superior de organización política, a partir de la cual se ha de explicar cualquier fenómeno relacionado con el poder. Por eso, rompía con una visión del mundo en que los espacios institucionales se tornan en fenómenos reificados y monolíticos, que obligan a hacer legítimo no sólo el binomio mando-obediencia, sino en concreto el ejercicio de la violencia (“legítima”) como eje constitutivo del poder político.

Es decir, aunque la violencia y las relaciones mando-obediencia existan en otras sociedades (sin Estado), no son necesariamente constitutivas de la delimitación del *locus* político. En tal sentido, Clastres sienta las bases para entender la política como un fenómeno de la cultura que está sujeto a una multiplicidad de reglas, que varían dependiendo de las sociedades estudiadas y no en base a un criterio absoluto que niega sistemáticamente el carácter político de los otros.

Es de ahí que Clastres elabora una analogía sobre la revolución científica en la cual el sistema ptolemaico, geocéntrico, es sustituido por el sistema copernicano, heliocéntrico. Copérnico hace ver la falsedad en considerar que el sol y el resto de astros del universo giran alrededor de la tierra. Igualmente, Clastres provee herramientas de análisis fundamentales para demostrar empíricamente el error de estudiar las manifestaciones del poder político como constelaciones que gravitan única y exclusivamente en torno al Estado. El salvaje no es salvaje porque carezca de Estado o sea inferior. El salvaje es salvaje únicamente porque el taxónomo, desde su posición *estadocéntrica* de poder, no sabe cómo clasificarlo de forma diferente. El

taxónomo puede clasificar cualquier cosa en el sistema ptolemaico, menos su propia práctica, su propio poder.

Pero más allá de la revolución en el estudio de la política, ¿qué surge de este análisis? ¿Acaso debemos promover modelos de sociedad no-estatales similares a los analizados en el estudio de Clastres? No, de por sí esa pregunta es ingenua. El proceso de colonización ha llevado al Estado incluso a los sitios más remotos del mundo que durante algún tiempo se consideraron aún autónomos. O, como lo propondría Deleuze en “La máquina de guerra”, el Estado ya está allí, incluso donde no hay Estado. Pensar en un retorno a un antes del Estado no tiene sentido.

Lo que sí tiene sentido es pensar en un devenir de la diferencia que pueda desarrollarse como una política del deseo. Esta es una política que si bien negocia con la irreductible empiricidad del Estado, puede también hacer germinar los brotes de un mundo nuevo. Un mundo en el que la figura de un sujeto como nuestro no tan ficticio Narciso Mesías deja de tener lugar. Un mundo solidario, comunitario, sin vanguardias, sin ídolos.

Pero este no es un mundo sin Estado. El Estado va a seguir existiendo por mucho tiempo.<sup>14</sup> Lo único es que ya no ocupará el lugar que ocupa la Tierra en el modelo ptolemaico o Dios en la religión.

### **Anarquismo estratégico, una política del deseo y el retorno de lo político a la protesta**

En los apartados anteriores he intentado profundizar en un argumento que nos permita vislumbrar posibilidades para relocalizar los antagonismos que podrían definir lo político. En tal sentido, considero que siendo el Estado la condición de posibilidad de la *izquierda estadocéntrica* es el Estado la condición de imposibilidad para su renovación. Sin embargo, una nueva forma de hacer política se encuentra potencialmente presente en la intensificación de estas energías creativas que fueron seminalmente producidas en las marchas que comenzaron el sábado 25 de abril de 2015.

---

<sup>14</sup> Y esto es algo que queda en evidencia en la lógica punitiva de las formas emergentes de resistencia social; por ejemplo, en la Puya, San Rafael, Ixcán, etc.

Ahí, quizá, se encuentra otra forma de hacer política. En principio, es posible pensar que de esta política del deseo surja una nueva topografía de lo político.

Esta otra forma de hacer política no implica desconocer el Estado y sus instituciones.<sup>15</sup> Esta otra forma de hacer política lo que busca es no perderse en el calabozo argumentativo y despolitizador que gira en torno a votar (por el *menor de los males*), no votar o votar nulo. Esta otra forma de hacer política ha de resistir a las maquinaciones reductivas que en este momento tratan de imponerse. Como se señalaba antes, tanto la izquierda como la derecha (y gran parte de lo que queda en medio) están buscando mecanismos desesperados para encauzar electoralmente a su favor esta energía generada durante las protestas de 2015. Ceder a ese impulso *estadocéntrico* no estaría muy lejos del triunfo de la práctica fascista de la cual tratamos de tomar distancia el primer sábado. Con ello, nuevamente, todo estaría perdido; más que un devenir a la diferencia, nos encontraríamos con un retorno a lo mismo. Este otro modo de hacer política puede reproducirse de muchas otras formas. Una de ellas consiste en poner en jaque a los políticos *estadocéntricos* que, en sus procesos electorales, únicamente logran, como con el famoso Gatopardo de Lampedusa, que todo cambie para que todo siga igual.

Hay que seguir manifestando en las calles, definitivamente. Pero también hay que promover la articulación de los grupos y comunidades a los que pertenecemos buscando recrear esa política del deseo presente en las manifestaciones. Hay que multiplicar ese afecto promoviendo mecanismos como las asambleas de barrio, de trabajadores, de colectivos (en este sentido, hay muchas comunidades indígenas, colectivos feministas, lésbicos y transgénero que llevan la delantera). Lo ideal sería que estos mecanismos nos permitieran discutir en profundidad formas para descentrar el patriarcado y la heteronormatividad —el establecimiento de la heterosexualidad como criterio de normalidad— del debate sobre la sexualidad. También se puede profundizar en mecanismos de descolonización de las mentalidades, el habla y el cuerpo. Asimismo, pueden ayudar a inventar tecnologías para disminuir los impactos del capitalismo contra el medio

---

<sup>15</sup>Sin embargo, el Estado no va a existir para siempre, de eso podemos estar seguros.

ambiente, así como la reproducción de las desigualdades causadas por la explotación y las violencias que llegan hasta el nivel más microscópico de la vida cotidiana.

Incluso las artes se podrían librar de la complicidad establecida entre formas curatoriales hegemónicas y el mercado: un arte que busque estimular la liberación del deseo y que no quede capturado en el narcisismo de la galería. De ahí pueden incluso nacer las nuevas revoluciones científicas en el estudio de la política.

Esta es una forma parcial, pero estratégica, de pensar el anarquismo y la ética que lo conforma, en la que si bien se convive con una serie de relaciones políticas que nos sobrepasan (el Estado y sus instituciones), se busca permanentemente, sin ninguna forma de coerción, la transformación del *habitus* político que hemos naturalizado en nuestra ética de la vida diaria.

Esto no es un rescate del movimiento social como se lo conoció durante todo el siglo XX. Lo que necesitamos no es un nuevo dirigente con personalidad narcisista y pretensiones mesiánicas. Lo que necesitamos es una nueva sociedad. Y esta nueva sociedad, muy diferente a la que conocemos hoy, no va a surgir del Estado, las elecciones y los partidos. Es posible que una nueva sociedad nazca de la liberación de estos deseos de colaboración recíproca y producción de colectividad. Una nueva práctica del deseo que sea transversal a todos los poderes que han pretendido capturarnos; poderes que hemos internalizado y que, además de tenernos de rodillas, nos han encandilado. Una nueva práctica del deseo no pasa por la *toma del poder del Estado* (la toma del poder responde a la lógica de la carencia). Una nueva práctica del deseo requiere inventarse otro mundo; requiere de una ética anarquista que se articule como un modo de vida no fascista.

## **Conclusión**

La experiencia vivida durante las protestas ocurridas entre abril y agosto de 2015 no ofrece elementos para suponer que se llevó a cabo una revolución de las estructuras antagónicas que delinean lo político en Guatemala. El efecto despolutizador que aparentemente tuvo el proceso

electoral en las protestas sociales parece ser una confirmación de ello. Una de las características del plano de coordenadas de lo político consiste en el efecto gravitacional generado por la centralidad del Estado. La naturalización del Estado en el discurso de la disidencia efectúa el papel domesticador de la política. Proponer que la única vía para transformar lo político gira en torno a la toma del poder del Estado puede reproducir un tipo de práctica fascista muy cercano al cuestionado por Foucault en el prefacio al *Anti-Edipo*. A esa fijación se la ha denominado *estadocentrismo*.

Una alternativa política viable –que se desprende de una primera experiencia de las protestas de 2015– para reconfigurar el plano de coordenadas de lo político consiste en desplazar el sistema de antagonismos producido por el *estadocentrismo* a un espacio constituido por una emancipación del deseo de la idea de la carencia o la falta de control del poder del Estado. Esta estrategia busca apoyarse en una antropología política que pone entre paréntesis el predominio histórico de las relaciones mando-obediencia en la definición del poder político. Es decir, existe otra ética política que no necesariamente gira en torno a la idea de la toma del poder. Esta es una ética fundamentada en el rechazo a tres prácticas esenciales: 1) La monopolización del discurso puro de lo político (monopolizar el discurso de lo político); 2) el fascismo internalizado que se expresa en las prácticas del día a día y que nos hace amar al poder que deberíamos derrotar; y 3) el rechazo a conceptualizar el deseo como una simple idea de carencia o falta.

Esta antropología política no *estadocéntrica* recurre a la implementación de una forma estratégica de anarquismo, mismo que se basa en cierto deseo colectivo en el que todos se preocupan por el bienestar de todos, promueven prácticas de solidaridad y no necesitan de un dirigente narcisista y mesiánico.

## **Bibliografía**

Clastres, Pierre. *Society Against the State. Essays in Political Anthropology*. New York, NY: Zone Books, 1989.

Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *Anti-Oedipus. Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1983.

Deleuze, Gilles, y Félix Guattari. *A Thousand Plateaus. Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1987.

Flores Aguilar, Alejandro. “Notas mínimas sobre la primavera 2015 Liberalismo político, democracia y despolitización”. *Estudios Digital* 2013.  
<<http://sitios.usac.edu.gt/revistahistoria/index.php?id=149>>.

Foucault, Michel. “Preface”. *Anti-Oedipus, Capitalism and Schizophrenia*. Gilles Deleuze y Félix Guattari. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1983. xi-xiv.

Laclau, Ernesto. *La Razón Populista*. Buenos Aires, BA: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Mouffe, Chantal. *On the Political*. New York, NY: Routledge, 2005.